EL TEATRO VACÍO.
MANUAL DE POLÍTICA TEATRAL

Manuel F. VIEITES GARCÍA

(Madrid: Asociación de Directores de Escena de España (ADE), 2017, 765 págs.)

Llenar el vacío, ocupar el teatro. Estas podrían ser, en pocas palabras, las dos principales motivaciones que alientan esta obra, con pretensiones de manual. Como se sabe, en una de sus acepciones más cotidianas, la voz "manual" se asocia al libro que compendia lo más sustancial, básico y elemental de una materia. Así se refleja en los diccionarios, prolongando su origen etimológico del latín *manuālis* (que se puede tomar o llevar en la mano) a un variado elenco de significados, que van desde lo que se realiza con las manos o está relacionado con ellas, hasta cualquier obra editada, con una vocación implícita o explícita de presentar en su interior —de manera sistemática y concisa— los saberes de una disciplina científica o académica.

De ahí que, al menos en las enseñanzas regladas, fuese habitual reconocerles el mérito de compendiar lo más relevante en ese campo, adquiriendo las formas de un "libro de texto" o "tratado" al que remitirse para construir los aprendizajes de una asignatura, de un plan de estudios y/o de la formación orientada a un determinado desempeño profesional. Así lo apreciamos durante décadas, hasta que el paso del tiempo ha ido

adjetivando o sustantivando lo que se traslada a un manual con expresiones mucho más pragmáticas o utilitarias: manual de instrucciones, de usuario, de estilo, de seguridad… Nada o muy poco que pudiese sospechar el bueno de Baltasar Gracián, cuando en el año 1647, publicaba —recurriendo a la prosa didáctica del aforismo— la primera edición de su *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*.

Sorprende, en los nuevos paisajes de la edición académica —máxime cuando el autor renuncia a una exposición que lo sea, para ganar en precisión y claridad— un libro que se defina a si mismo como un "manual". No de cualquier ámbito o realidad sino de uno que nunca, por muy diversas circunstancias, pareciera que podría ser objeto de tal empeño: la política teatral. Y, por si no bastase, sometiendo sus propuestas y respuestas a un "giro sistémico", podría decirse epistémico, que permita superar la "*longa noite de pedra*" del teatro en España. Un tiempo de pasados sombríos, que en la poesía social de Celso Emilio Ferreiro desveló las miserias de la emigración, la opresión política, la pobreza material y espiritual del franquismo; y que en la obra que comentamos, "tras cuarenta años de democracia y más de treinta de la Unión Europea", pone de relieve que a pesar de los avances que se han producido, tenemos un sistema teatral muy deficitario, en el que habitan la precariedad, la intermitencia, la inestabilidad, la provisionalidad o la invisibilidad. Todas ellas, definitorias de dinámica que "limitan de forma muy notable el acceso de la ciudadanía al teatro, pero [que] también dificultan el pleno desarrollo de campos profesionales que en toda Europa gozan de legitimidad y prestigio".

Así lo expresa, sin reparos ni buscando excusas, Manuel F. Vieites, partiendo de un título al que daremos un vuelco lingüístico: *llenar el vacío, ocupar el teatro*. Podría ser, de mediar otros azares textuales y contextuales, una metáfora con la que ilustrar el deseo de "tomar los teatros", que el director de escena Jaroslaw Bielski proyectó en una editorial que la revista

ADE/Teatro publicaba en 2012, cuestionando algunas de las líneas de actuación política que en materia teatral se han venido desarrollando o, en muchos casos, inhibiendo en este país. Un relato con tintes de paradoja —cuando se contrasta la tradición dramatúrgica y escénica española con el abandono al que está siendo sometida en los últimos años— al que se remite el profesor Vieites García, Director desde 2005 de la *Escuela Superior de Arte Dramático de Galicia* (ESAD).

Aludimos a un cambio por derribo, tan injusto como injustificado, al que las Administraciones Públicas y sus gobernantes en los dominios del Estado, de las Comunidades Autónomas y de los entes locales… han contribuido amparándose en la inhibición, la inacción o la indiferencia, precisamente cuando más se necesitaba de su participación e implicación. Lejos de sentirse concernidos, los responsables políticos, obviando que el teatro es un servicio público también han pasado por alto que sus prácticas son —o deben ser— "un encuentro con el otro y con uno mismo" (pág. 87): un quehacer colectivo a través del que cada persona —en su condición de actor y espectador— explora, conoce, configura y da sentido al mundo.

De ahí que este libro sea mucho más que una invitación a llenar las localidades —simbólicas y materiales— que habilita una práctica cultural, artística, social, educativa o comunitaria a la que nombramos "teatro" (del que también decimos que es un lugar o espacio de contemplación), para situarnos ante múltiples modos de protagonizar, interpretar y/o representar la trama de la vida, sea real o ficticia. Invocando *el teatro vacío*, del maestro Peter Brook, el "manual" que parte de este título adquiere —en las intenciones y en los hechos— un sentido alternativo, diagnóstico y prospectivo. Un manual destinado a analizar aspectos, entornos o cuestiones que el autor considera esenciales en cualquier política teatral que mire al futuro, desde la definición del sintagma hasta los diferentes ámbitos en los que debe proyectar sus actuaciones. Ninguno de ellos queda eludido en

el desafío que supone transcender la mera democratización cultural para darnos a la oportunidad de una verdadera democracia cultural. La utopía, para el teatro y sus políticas, continúa estando en el horizonte de lo posible: no solo por lo que tiene de deseable y valioso, sino también de necesario para humanizarnos.

Con este afán, el libro no podía ni quiere ser complaciente. Lo declara su autor, revisitándose a si mismo, "porque en diferentes momentos rectificaremos de forma contundente palabras propias ya escritas o posiciones tomadas" (pág. 22). Difícil pedirle más a quien tanto ha dado, en décadas, a la crítica teatral y literaria, a las enseñanzas y a los aprendizajes, a la investigación y a lo que hemos dado en llamar "transferencia de conocimiento". Incluso aceptando que todo ello —desde la mirada crítica, diagnóstica y propositiva— podrá devolvernos una visión demoledora de nuestras prácticas… incluso cuando quienes las protagonizan se consideran a si mismos avanzados, alternativos, heterodoxos… Todo sea entonces, afirma Vieites en su "Presentación: ni fui Hamlet ni seré Medea", por los teatros y por la revolución que deberá sacudir sus viejas estructuras patrimoniales, carismáticas, gerenciales, efímeras, extraculturales, tecnológicas, economicistas, clasistas… allí donde todavía se perpetúan.

Ciertamente el libro *revoluciona*: desde sus preguntas iniciales —comienzan siendo treinta— hasta todas las que se van incorporando al relato, página a página: son cientos… explícitas o implícitas. Y, con ellas, las respuestas que se van argumentando a modo de principios y fundamentos, propuestas de desarrollo, conclusiones y prioridades.

En estas palabras se resumen los tres ejes temáticos que articulan el libro. Las "tres partes" que no parten sino que unen un discurso que va desde los conceptos a los modelos (del teatro, de las políticas teatrales, de la organización teatral), de las intenciones a los hechos (el necesario arreglo de

la política como premisa previa al arreglo de los teatros), de la civilización del espectáculo superfluo y consumista a los sabores y saberes que habitan en la creación dramática y su difusión, en la educación artística y en la animación teatral. En definitiva, los cuatro pilares básicos de una política teatral sistémica, con todas las complejidades —y complicidades— que se requieren para edificar el teatro con arquitecturas simbólicas y materiales consistentes. Y, también, coherentes en el tránsito de las propuestas a la acción, que comienzan por lo que Manuel F. Vieites traza como "líneas básicas de actuación" (págs. 238-252) para posteriormente concretarse en el cuerpo central del texto en reflexiones y sugerencias para una misión cultural, artística, política… de largos recorridos pedagógicos y sociales.

No hay tregua ni concesiones gratuitas ante la urgencia de tomar decisiones que lleven a alguna práctica la dignidad que el teatro reivindica en cuestiones basales o básicas, como las denomina Vieites: la educación teatral, la formación de los formadores y la cualificación de sus profesionales; el ejercicio profesional; la casa del teatro y sus moradores, que deberán conciliar la "épica de la resistencia con la ética de la profesión" (pág. 452); la naturaleza literaria del texto dramático, su creación y edición; los públicos, como espectadores y mediadores; la animación teatral como animación-dinamización sociocultural; la documentación y la investigación, sus agentes y protagonistas en los procesos de I+D+i, en el trayecto hacia lo que podría y debería ser un Plan Nacional de Investigación Teatral.

La obra concluye, estableciendo prioridades con la intención de recuperar la transversalidad de sus contenidos, dándonos la oportunidad de retomar algunas reflexiones, propuestas o actuaciones substantivas: el amor imposible entre la clase política y el teatro o la insistencia en la necesidad de una Ley Marco para el Teatro, para la que —sobre todo desde 2006— la Asociación de Directores de Escena de España (ADE) ha

documentado sus Bases y medidas. Por si fuese poco, como si fuese un divertimento literario, el autor concluye —antes de presentarnos la densa y sugerente bibliografía que ilustra los autores y obras que han acompañado su escritura— con algunas de las colaboraciones que en los últimos años Manuel F. Vieites ha publicado en distintos medios (*ADE/Teatro*, *Revista Galega de Teatro*, *Faro de Vigo*, *Tempos Novos*, *Revista Española de Pedagogía* o *Teoría de la Educación*): desde su carta al exPresidente de Gobierno, José Luís Rodríguez Zapatero ("*¡No nos defraude, por favor!*"), a "*lo que queda por hacer*", pasando por el "*traje, corbata y cochecito oficial*" en tiempos de recortes.

En su conjunto, un texto que propone un modo diferente de entender la política teatral, de ponerla al servicio de la ciudadanía y de un proyecto de vida colectivo que nos agrande cultural y cívicamente, como personas y como sociedad. Llenar el teatro con el bien común que representan la creación y la representación artística es un modo, entre otros, de llenarnos de vida, individual y colectivamente.

José Antonio Caride Gómez
Universidad de Santiago de Compostela